

Homenaje a Emilio Carballido: Dramaturgo entre 45 años

Felipe Galván

Es el 11 de marzo y corren los calendarios con el número 1995, el clima de Xalapa ya dejó el frío y la neblina invernales, pero aún no logra tomar del todo el calor abrumador del trópico mexicano. Son las diecinueve horas menos cinco y cuando entro a la sala chica del Teatro del Estado mi sorpresa sólo es atenuada por la pena de llegar casi a punto. Estoy arribando de un viaje de tres horas desde Puebla, la carretera estaba tranquila pero siempre me sucede cuando viajo con los horarios ajustados; me angustio. Casi sudo pero intento controlar mis respiracionese agitadas; por fin he llegado al lugar del homenaje anunciado a las diecisiete horas, que el Gobierno del Estado de Veracruz propicia a Emilio Carballido.

El telón del Palacio de Bellas Artes corría lentamente hacia la apertura total, tan lentamente como un jovencito de veintiseis años recorría el pasillo de entrada. La lentitud parecía ser dictada por sus sentimientos que amenazaban monocromizarse ante la perspectiva de lo desconocido, de lo impredecible. Estrenar una obra a esa edad y abrir el telón por primera ocasión para una obra propia en el foro de mayor importancia de la nación mexicana era, por lo menos así se lo decían sus temblores que le impedían caminar más de prisa, razón suficiente para dar un paso en el tiempo en que normalmente daba tres. No tenía un lugar fijo en donde ubicarse, carecía pues de destino concreto y, lo más probable, no le interesaba. Quizás por ello al encontrar la entrada más arrinconada intentó atravesarla y se arrepintió en una acción típicamente fallida. Retornó sobre sus pasos y a dos o tres de la puerta se colocó de espalda al foro a rumiar sus temblores. La sala chica no está llena, como yo lo esperaba; en realidad ésta es una noche de gala, y la actividad, razón de la gala, merece un lleno rebosante, pero no es así; tal vez se deba a la "tradicional puntualidad mexicana," en fin. Alcanzo a ver a Reynaldo Carballido, vino desde el puerto de Veracruz para estar con Emilio, nos saludamos efusivamente, emocionados por lo que ocurrirá dentro de algunos momentos; pero también porque hace meses que no coincidíamos. Comentamos trabajos y peripecias, nos quejamos de situaciones económicas y, ambos al mismo tiempo, descubrimos al maestro Dagoberto Guillaumín. Los dos nos levantamos y vamos a saludarlo. La sala continúa con varios lugares vacíos y ya son las diecinueve horas y minutos,

tiempo de más para que los innumerables teatristas de Xalapa, que tanto han tenido que ver con la dramaturgia carballidesca, abarrotaran el espacio del público.

El dramaturgo debutante platicaba con su soledad. Soledad enmarcada en la ausencia de almas por aquel majestuoso pasillo de acceso a las puertas de la platea en Bellas Artes. ¿Cómo responderá el público? ¿Qué reacciones presentará la crítica? ¿Qué trascendencia dejará *Rosalba y los Llaveros* en esta noche clave, de estreno? Estos y otros cuestionamientos jugaban a la montaña rusa entre las neuronas de aquella figura de juventud delgada que había llegado ahí después de dos años de estudio en las aulas universitarias de la Facultad de Filosofía y Letras en tiempos de Mascarones, cursando entre otras disciplinas la de Análisis y Composición dramática que impartiera Rodolfo Usigli, y que después de ello tuviera que convencer a Salvador Novo de que poseía talento, por lo menos el talento necesario para que Salvador apostara una dirección con una obra suya como carta dramática. Esa era la gran noche, ésa era la hora de la gran prueba.

De pronto el bullicio ha invadido la sala y casi inmediatamente una salva de aplausos invade el recinto. Ha llegado Emilio Carballido, viene a la diestra de Patricio Chirinos, el gobernador constitucional del Estado de Veracruz. Tras ellos Rafael Arias, jefe de la Cultura oficial en el gabinete de Chirinos y una serie de invitados, prensa y funcionarios. Los fotógrafos que los han antecedido disparan "flashes" y las cámaras de video han entrado también en acción. Emilio y el gobernador se sientan en tercera fila. Yo corro a mi asiento en la cuarta; apenas a tiempo, el telón se empieza a abrir al tiempo en que la ambientación, desde el sonido, cubre las ondas auditivas y la luz de sala cede su lugar al oscuro. En escena aparecen Jorge Castillo, Francisco Beverido, Raúl Santamaría, Juana María Garza, Alba Domínguez, Rosalinda Ulloa, Raúl Pozos, Itzel Cuevas, Gema Muñoz y Héctor Moraz. Ellos interpretan bajo la dirección de Roberto Benítez, *Reliquias*, obra en un acto de lo más reciente en la producción de Emilio. Forma parte de la tarea encomendada por el Gobierno del Estado de Querétaro al autor, a la que él ha respondido con varias obras cortas de gran significación en la historia decimonónica queretana. El joven autor confiaba en el equipo actoral que se encontraba ya escenificando en el foro de Bellas Artes. Confiaba también en la dirección de quien era, en ese momento, el director de mayor importancia en el teatro oficial mexicano. Pero un estreno es siempre un motivo de tensión y en la situación al debutante los minutos se le hacían siglos, siglos en los que escuchaba sus primeras líneas interpretadas por Pilar Souza, Rosa Moreno, Carmen Sagredo, Raúl Dantés, Jorge Martínez de Hoyos, María Luisa Mancilla, Tara Parra, Mario García González y Socorro Avelar. Tantas veces releídos y reanalizados tantas veces, a solas y con maestros y directores; textos tan

familiares y entonces tan lentamente contundentes en su estado de ánimo de noche de estreno.

Dagoberto Guillaumín y Luisa Josefina Hernández han hablado sobre la obra y la persona de Carballido, Leticia Tarragó le ha entregado un grabado en placa conmemorativo del homenaje y Rafael Arias ha anunciado lo que todos esperamos, las palabras de Emilio. Una pausa larga de ojos atentos son el casi unísono de los expectantes. En ese momento volteo hacia atrás y me impresiono; no sé cómo ni en qué momento, el teatro de la quinta fila para atrás se encuentra totalmente lleno. Pareciera que Emilio no sabe qué decir, sus vivaces y dialogantes ojos miran hacia el antes, miran hacia el hoy y entre ese ir y venir cronológico la patina se le hace líquido entre la retina y los párpados. Por fin, teniéndonos suspirando, levanta su muñeca izquierda, mira el reloj de ahora y dice: "Hace cuarenta y cinco años, exactamente a esta hora, estaba muriéndome de miedo porque el telón de Bellas Artes se encontraba a punto de levantarse." No era necesario que nos dijera nada más.

Un hombre grande, con la misma corpulencia en los nervios, llegó hasta donde el joven se encontraba. No dijo nada, simplemente se colocó junto a él y se puso a compartir temores. Era Salvador Novo, un director que como cualquiera sufría al saber que su trabajo dependería solamente de lo que sucediera en la escena, con los actores. Protección casi paterna que no alcanzaba a conciliar los nervios de la delgada figura de veintiseis años. De pronto las primeras risas se escucharon en la sala. La mano de Salvador apretó un hombro de su autor. Pocos momentos después se escucharon las segundas risas. El apretón también se repitió. A los pocos minutos explotó la primera carcajada general, entonces ya no hubo apretón; un sonriente y festivo Novo se encaró al joven autor y separando las palmas de las manos desde la altura de su pecho, dijo, "¡Ya estuvo!", para dar la media vuelta y alejarse caminando a velocidad de alegría.

La ceremonia ha terminado después de escuchar tres originales al piano y a voces para la obra de Carballido, *El álbum de María Ignacia* por Raúl Ladrón de Guevara, autor, acompañado por Erasmo Hernández, Cecilia Ladrón de Guevara y Joel Pérez Arciniega. El gobernador se ha retirado, Emilio continúa recibiendo felicitaciones. Yo necesito ir a tomarme un trago, tal vez Emilio requiera lo mismo. Trataré de coincidir, y si no logro veré si es posible que me platique algo de aquella noche, la primera noche de gala en la historia dramática de este clásico mexicano que continúa en fértil producción para el teatro mexicano, latinoamericano y universal del tiempo en el que le correspondió escribir.